

## **BENEDICTO XVI**

### **AUDIENCIA GENERAL**

*Castelgandolfo*

*Miércoles 8 de agosto de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la Iglesia celebra la memoria de santo Domingo de Guzmán, sacerdote y fundador de la Orden de los Predicadores, llamados dominicos. En una catequesis precedente he ilustrado esta insigne figura y la fundamental contribución que ha aportado a la renovación de la Iglesia de su tiempo. Hoy quisiera destacar un aspecto esencial de su espiritualidad: su vida de oración. Santo Domingo fue un hombre de oración. Enamorado de Dios, no tuvo otra aspiración que la salvación de las almas, en particular aquellas caídas en las redes de la herejía de su tiempo; imitador de Cristo, encarnó radicalmente los tres consejos evangélicos uniendo a la proclamación de la Palabra, el testimonio de una vida pobre. Bajo la guía del Espíritu Santo, avanzó en el camino de la perfección cristiana. En todo momento la oración fue la fuerza que renovó e hizo más fecundas sus obras apostólicas.

El Beato Jordán de Sajonia muerto en 1237, su sucesor en el gobierno de la Orden, escribe así: «Durante el día, ninguno se mostraba más sociable que él; de noche, nadie era más asiduo que él en velar en oración. El día lo dedicaba al prójimo, la noche a Dios». En santo Domingo podemos ver un ejemplo de integración armoniosa entre la contemplación de los misterios divinos y la actividad apostólica. Según los testimonios de las personas más cercanas a él, «hablaba siempre con Dios o de Dios». Tal observación indica su profunda comunión con el Señor y al mismo tiempo, su constante empeño por conducir a los demás a dicha comunión con Dios. Aunque no ha dejado escritos sobre la oración, la tradición dominicana ha recogido y transmitido a las sucesivas generaciones su experiencia viva en una obra titulada: *Los nueve modos de orar de santo Domingo*. Este libro, compuesto entre los años 1260 y 1288 por un fraile dominico, nos ayuda a comprender algo de la vida interior del santo, y también a aprender algo sobre cómo orar.

Por consiguiente son nueve los modos de rezar de santo Domingo, y cada uno de ellos, realizado siempre delante de Jesús crucificado, expresa una disposición corporal y espiritual que, íntimamente compenetradas, favorecen el recogimiento y el fervor.

Los siete primeros modos siguen una línea ascendente, como pasos de un camino hacia la comunión con Dios Trinidad: Santo Domingo ora de pie, inclinado, para expresar la humildad; tendido en el suelo para pedir perdón por sus pecados; de rodillas haciendo penitencia para participar en los sufrimientos del Señor; con los brazos abiertos mirando al Crucificado para contemplar el Amor supremo; con la mirada al cielo, sintiéndose atraído hacia el mundo de Dios. Por lo tanto, son tres posturas: de pie, de rodillas, postrado en tierra, pero siempre con la mirada vuelta hacia el Señor crucificado.

Los dos últimos modos de orar, en cambio, en los que me gustaría detenerme brevemente,

corresponden a dos prácticas de piedad vividas habitualmente por el santo. En primer lugar, la meditación personal, donde la oración adquiere una dimensión aún más íntima, ferviente y serena. Al final de la recitación de la liturgia de las horas y después de la celebración de la Misa, santo Domingo prolongaba el diálogo con Dios sin imponerse un límite de tiempo. Sentado tranquilamente, se recogía en sí mismo en una actitud de escucha, leyendo un libro o contemplando al Crucificado. Vivía tan intensamente estos momentos de relación con Dios, que exteriormente podían percibirse sus reacciones de alegría o de llanto. Por tanto, meditando, asimilaba en su interior la realidad de la fe. Los testigos dicen que a veces entraba en una suerte de éxtasis, con el rostro transfigurado, e inmediatamente después, retomaba humildemente sus actividades cotidianas, renovado por la fuerza que viene de lo Alto. En segundo lugar, la oración durante los viajes entre un convento y otro: rezaba las laudes, la hora media, las vísperas con los compañeros, y atravesando los valles y las colinas, contemplaba la belleza de la creación. Entonces brotaba de su corazón un himno de alabanza y acción de gracias a Dios por tantos dones, especialmente por la mayor de las maravillas: la redención obrada por Cristo.

Queridos amigos, santo Domingo nos recuerda que en el origen del testimonio de la fe — que todo cristiano debe dar en la familia, el trabajo, el compromiso social e incluso en los momentos de distensión— se encuentra la oración, el contacto personal con Dios. Sólo esta relación real con Dios nos da la fuerza para vivir intensamente todos los acontecimientos, especialmente los momentos más dolorosos. Este santo nos recuerda también la importancia de la disposición exterior en la oración. Estar de rodillas, de pie delante del Señor, fijar la mirada en el Crucificado, detenerse y recogerse en silencio, no son gestos secundarios, sino que nos ayudan a poner interiormente toda nuestra persona en relación con Dios. Quisiera llamar la atención una vez más sobre la necesidad para nuestra vida espiritual, de encontrar cada día momentos para orar con tranquilidad; debemos tomarnos este tiempo especialmente durante las vacaciones para hablar con Dios. Será también una manera de ayudar a los que nos rodean a entrar en el círculo luminoso de la presencia de Dios, que trae la paz y el amor que todos necesitamos. Gracias.